256 | 43

RELACION
DE HOMBRE.
EL MAYOR MONSTRUO LOS ZELOS.
DE DON PEDRO CALDERON.

SI todas quantas desdichas,
si todas quantas desgracias
ha inventado la fortuna,
Deydad de los hombres varia,
se perdieran, todas juntas
hoy en mi solo se hallaran,
que soy epílogo, y cifra
de las miserias humanas.
Yo, que ayer de Mariene
esposo, y galan, con raras
muestras de amor coroné
de victorias mi esperanza,
hoy lloro agravios, sospechas
temores, desconfianzas,
y zelos iba á decir;
pero imaginarlo basta.
Yo, que ayer de Palestina
Gobernador, y Tetrarca,
no cupe ambicioso en quanto
el Sol dora, y el Mar baña;
hoy triste, pobre, y rendido,
entre dos fuertes murallas,
aprisionándome el vuelo,
tengo abatidas las alas.
Yo, que del Laurel sagrado
ayer pretendi las ramas,
siempre verdes, á pesar
de los rayos que las guardan;
hoy de aquel funesto acero,
que desdichas amenaza,

ya victorioso de mi,
tengo un hilo á la garganta,
pluguiera al hado, pluguiera
al Cielo, que aqui pararan
sus presagios, y que en mi
se desmintiera la ingrata
indignacion de un destino,
pues muriendo yo á la saña
de aquel acero, pudiera
persuadir á mis desgracias,
que ya de lo que mas quise
tomó la suerte venganza.
Mas ay triste! ay infelice!
que no soy yo quien mas ama
mi misma vida, supuesto,
que tambien ella tirana
me aborrece por ser mia;
y no con morir acaban
mis desdichas, que inmortales
mas allá del morir pasan.
Octaviano (al pronunciarlo
valor, y aliento me faltan)
Octaviano adora (cómo
lo diré sin que me añada
dolor á dolor?) adora
á Mariene, pintada
dos veces la vi, y dos veces
á el Gentil, pues idolatra
una vez al Sol sin luz,
y otra á una Deydad sin alma.
Mal haya el hombre infeliz,
otra, y mil veces mal haya
el hombre, que con muger
hermosa en extremo casa;
que no ha de tener la propai
de nada opinion, pues basta,
ser perfecta un poco en todo,
pero con extremo en nada,
que es armiño la hermosura,
que siempre á riesgo se guarda:
si no se defiende muere,
si se defiende, se mancha.
No pues mi ambicion, Filipo,
no mi atrevida arrogancia,
no el ser parcial con Antonio,
no mi poder, no mis armas
me afligen, me desesperan,
me precipitan, me arrastran,
sino ser de Mariene
esposo: O caygan, caygan
sobre mi mares, y montes!
Aunque si de ofensas tantas
el peso no me derriba,
no me rinde, no me agrava,
el de los montes y mares
no me agravara la espalda;
y asi viendo quanto á instantes
mi vida cuenta la parca,
y quanto á brazo partido
en esta lóbrega estancia
luchando estoy de mi muerte
con las sombras y fantasmas:
viendo en fin que apenas hoy
en una pública plaza
seré horror de la fortuna,
seré del amor venganza,
quando él sea (ay infelíz!)
(pues á Jerusalén marcha,
donde es fuerza que la vea)
en talamos de oro, y grana,
heredero de mis dichas,
dueño de mis esperanzas,
muero de agravios, y zelos,
que matan, porque no matan.
Dirásme que qué me importa
pues con la vida se acaban
las desdichas? Ay Filipo,
quanto esa opinion engaña!
que amor en el alma vive,
y si ella á otra vida pasa,
no muere el amor sin duda,
puesto que no muere el alma.
El no nace de una estrella,
ya propicia, ó ya contraria?
Pues como faltará amor
mientras la estrella no falta?
Quieres ver qual es la mia?
pues si pudiera apagarla
hoy con el último aliento,
lo hiciera porque faltara
del Cielo, y otro ninguno
en su gracia, ó su desgracia
no naciera como yo,
porque como yo no amara:
y en fin, para qué discurre
mi voz? Para qué se cansa?
Otra pena, otro dolor,
otro tormento, otra ansia
en el corazon no llevo,
sino solo ver que aguarda
Mariene á su empleo
de otro amor, de otra esperanza.
Sea barbaridad, sea
locura, sea inconstancia,
sea desesperacion,
sea frenisí, sea rabia,
sea ira, sea letargo,
ó quanto despues mis ansias
quisieren, que todo quiero
que sea, pues todo es nada,
como no sean mis zelos,
y asi pues que la palabra

me has dado de obedecerme,
haz lo que mi amor te encarga;
vuelve á Jerusalén, vuelve
á la esfera soberana
del mejor Sol de Judea:
y en diciendote la fama,
que he muerto, en el instante
con mortal eclipse apaga
á la tierra el mejor rayo,
al Cielo la mejor llama,
al campo la mejor flor,
la mejor Estrella al Alba.
Tholomeo, que quedó
por Capitan de mis Guardias,
y siempre á Mariene asiste,
sin poder seguirme, á causa
de quedar convaleciente
de aquella herida pasada,
dará la ocasion, á cuyo
fin, para él es esta carta:
de él te fia, pues no dudo,
previstas las circunstancias,
por veneno, ó por dogál,
que el te guarde las espaldas.
Muera yo, muera sabiendo,
que Mariene soberana
muere conmigo, y á un tiempo
mi vida, y la suya acaban:
pero no sepa que yo
soy el que morir la manda,
no me aborrezca á el instante
que pida al Cielo venganza.
No te acobarde lo horrible
de una historia tan estraña,
que quando murmuren unos
hubo quien dexó por manda
un homicidio, creyendo,
que asi sus penas engaña,
que asi sus quexas desmiente,
que asi desdice sus ansias,
y que asi enmienda sus zelos:
otros habrá que la aplaudan,
pues no hay amante, ó marido
(salgan todos á esta causa)
que no quisiera ver antes
muerta, que agena su Dama.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de Don Rafael
Garcia Rodriguez, Calle de la Libreria.